

AMORES

Tour de force, 15

Leonor de Recondo

Amores

Traducción de Palmira Feixas

editorial  minúscula
BARCELONA

Título original: *Amours*
Copyright © Sabine Wespieser éditeur, 2015
By arrangement with So Far So Good Agency

© de la traducción: 2018 Palmira Feixas
Revisión: Marta Hernández

© 2018 Editorial Minúscula, S. L.
Sociedad unipersonal
Av. República Argentina, 163 - 08023 Barcelona
minuscula@editorialminuscula.com
www.editorialminuscula.com

Primera edición: enero de 2018

Diseño gráfico: Pepe Far
Imagen de la cubierta: de *The Temple of Flora*, de Robert John Thornton,
The Public Domain Review.

Esta obra se benefició del P. A. P. GARCÍA LORCA, Programa de
Publicación del Institut français y del Ministerio francés de Asuntos Exteriores
y Europeos.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*,
bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por
cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Preimpresión: Addenda, Pau Claris, 92, 08010 Barcelona
Impresión: Romanyà Valls

ISBN: 978-84-946754-7-8
Depósito legal: B-30.377-2017

Printed in Spain

Para mi tutta blu

*«Nuestro amor es amor a la vida, desprecio por la
muerte.»*

PAUL ÉLUARD
«En el fondo del corazón», *Enseñar*

Anselme empuja a Céleste sobre el colchón, siempre con el mismo gesto que la arroja sobre el vientre, con la cabeza hundida en la almohada y el pelo al alcance de su mano. Le sube la falda a toda prisa. Ella no se resiste. Él se agarra al moño, tirándole con fuerza de la cabellera. Luego se coloca, plantado entre sus muslos, y empieza. Las patas de la cama de hierro chirrían. Ni Anselme ni Céleste oyen el quejido de la cama que aguanta el amor forzado. Siempre es laborioso. Y largo. Ella se pregunta por qué esos instantes transcurren tan despacio. Por qué no se desmaya para no sentir nada.

En una ocasión, intentó contárselo a Huguette en la escalera de servicio. Temblando de pies a cabeza, balbució:

—El señor de Boisvaillant...

Las rodillas empezaron a castañetearle. Huguette lo comprendió enseguida. Le mandó callarse, repitiendo varias veces:

—¡Cállate, cállate, y ni se te ocurra decírselo a la señora!

Observó en silencio las rodillas que se le entrechocaban. Luego le dio la espalda al mismo tiempo que añadía:

—¡Mantén la cabeza bien alta, eso es lo único que podemos hacer nosotras! Mantener la cabeza bien alta para que se crean que no nos da vergüenza.

Céleste alzó la cabeza, apretó los dientes y tensó las piernas para que las rodillas dejaran de temblarle de forma tan tonta. Apenas logró articular:

—De acuerdo, Huguette.

Su tono de voz es pausado, casi sereno. De repente se da cuenta de que la soledad en la que nació la obliga a asentir siempre. Si hubiera podido elegir —pero esa palabra no existe en su condición ni en su vocabulario—, habría dicho: «No.» Incluso lo habría vociferado.

Cuando Anselme se empeña en ir y venir dentro de ella, Céleste piensa en otra cosa. Se ha vuelto algo sencillo a la fuerza. Tiene predilección por el claro. Mientras él hace su labor, ella se pasea por el bosque al que iba a jugar de niña con sus hermanos y hermanas. Son tantos que no sabe exactamente cuántos, nunca los ha contado. Ella es una más. Nunca ha olvidado esos paseos, son sus recuerdos más preciosos. La despreocupación de correr, de oler la tierra y la resina de los pinos, de jugar al escondite, de saborear esos momentos antes de regresar a la granja sombría donde, de repente, se encorvan y se encogen hasta desaparecer para huir de los gritos de su padre.

Anselme le tira con más fuerza aún de la cabellera, regocijándose con el dolor que le hacen las horquillas, sintiendo cómo se le hunden en la palma, gozando casi —alargando al máximo ese casi—. Agarrándola por el moño para que ella se arquee. En ese instante, Céleste ya no existe, solo es un cuerpo, y a él le gustaría que ese cuerpo gritara, que participara un poco, pero reina el silencio. Cuando está a punto de gozar, tira un poco más fuerte del moño, que se le deshace entre las manos. Entonces confunde el cabello con una crin, creyéndose un jinete que cabalga sin fin.

Se desploma con todo su peso sobre la montura. Céleste no nota los bulbos del pelo arrancándose uno a uno. Está sentada en el claro del bosque. Su lugar favorito. No hay nada que hacer, aparte de esperar a que pase el tiempo. Y eso es lo que hace.

Su paseo embelesado termina bruscamente cuando el cuerpo de él se derrumba sobre el de ella. ¡Cuánto pesa!, se asombra cada vez. Pesa horrores y carece de fuerza, pesa horrores aunque se haya vaciado. Entonces ella vuelve a la realidad de la almohada que está mordiendo hasta el punto de ahogarse, a los chirridos de la cama de hierro que han cesado, a ese cuarto minúsculo debajo del tejado donde tiene o demasiado frío o demasiado calor.

Yergue la cabeza y la mantiene bien alta, como debe ser. Anselme, ya de pie, se ajusta el traje. Ella nunca lo mira. Espera a que se marche dando un portazo para acurrucarse y llorar un poco.

Victoire se despierta poco a poco. Por la mañana, mientras estira su cuerpo todavía embotado por el sueño bajo las sábanas de hilo, busca bajo la almohada la delicada bolsita de seda que contiene lavanda recogida el año anterior. A Victoire le gusta empezar la jornada aspirando largamente ese perfume relajante.

Por la luz que atraviesa los postigos y las pesadas cortinas de tafetán, adivina que ya son las nueve. Huguette no debería tardar en servirle el desayuno. Cierra los ojos y se deleita un poco más con ese momento que precede a la agitación del día. Se acerca la bolsita perfumada a la nariz, respira varias veces y luego, al oír los pasos de Huguette resonando en el pasillo, vuelve a colocarla con presteza bajo la almohada. Al cabo de unos instantes, tras los saludos habituales, le deja la bandeja sobre la cama. El té humea y las rebanadas de pan tostado están en una cesta, envueltas en una tela para conservar, un poco más, el calor volátil.

Huguette se atarea en el dormitorio, abre los postigos y las cortinas, le da algunas noticias:

—El señor está en su estudio.

La misma frase cada mañana. ¿Dónde si no podría estar, aparte de en su estudio?, piensa Victoire.

Lleva cinco años casada con Anselme y, todos los días —insiste en «todos los días»—, incluso los domingos, él no puede evitar bajar a la planta baja de la casa para sumergirse en los expedientes de herencias y de matrimonios que invaden su despacho. Todos esos contratos que, según Victoire, rigen su vida de manera absurda. «¡Les echo un vistazo y vuelvo!», replica incansablemente Anselme cuando ella trata de rebelarse contra el lugar que ocupa todo ese papeleo. Un muro de papel entre él y los demás.

Huguette la arranca de su ensoñación diciéndole:

—Me permito recordarle que hoy debe acudir al almuerzo de beneficencia del hospital.

—Gracias, Huguette, lo había olvidado por completo.

En un instante, la jornada de Victoire se ha estropeado. En los primeros tiempos de su matrimonio, le encantaba participar en las obras de caridad, especialmente en las visitas al hospital. Su marido, perpetuando la tradición de las generaciones anteriores, daba un generoso cheque a principios de año, cosa que les valía calurosos agradecimientos, el aprecio público y el privilegio de participar en las reuniones trimestrales de las esposas de los benefactores. ¡Qué orgullosa se había sentido Victoire las primeras veces! Dedicaba días enteros a pensar qué vestido se pondría. Ensayaba frente al espejo los gestos que adoptaría cuando se dirigiera a la mujer del director del establecimiento. Sus palabras serían humildes, desde luego, pero también seguras, pues ¿acaso no era la señora de Boisvaillant, la esposa del notario? ¿Cuántas veces, al poco de casarse, se había repetido su nuevo apellido, esa nueva identidad que la hechizaba? Escribía una vez tras otra, en una hoja de papel: «Victoire de Champfleuri, esposa de Boisvaillant.» Qué bonito era, qué bien sonaba, pero cómo la aburre ahora.

—¿Qué vestido quiere que le prepare, señora?

—No lo sé, Huguette...

Victoire sopla el té ardiente de la taza y bebe unos sorbitos antes de añadir:

—Creo que el lila que me puse el otro día, pero vuelva más tarde para ayudarme...

—Muy bien, señora.

Huguette abre la ventana de par en par. El calor de junio entra bruscamente en la alcoba. Victoire aparta la bandeja mientras su criada sale de la estancia. Huguette no es una simple criada. También es la cocinera y la gobernanta; es más: es la verdadera ama de casa.

Cuando Victoire se casó, Huguette ya estaba al servicio de Anselme desde hacía años, desde siempre, puesto que lo cuidaba de niño, cuando vivían todos juntos en la gran casa familiar. Lo siguió a la ciudad en sus primeras nupcias. Tardó un tiempo en acostumbrarse a los ruidos y la estrechez de las calles de Saint-Ferreux-sur-Cher, pero como Anselme les había propuesto, a ella y a Pierre, que se instalaran en la casa del jardín, aceptó. Cómo iba a negarse, si lo conocía desde que nació.

Victoire entró en una casa perfectamente llevada. Al comienzo, le costaba dormir en la cama conyugal, sabiendo que otra se había tumbado en ella, e incluso había muerto allí, pero aquella otra no había dejado hijos, así que Anselme la reemplazó enseguida. Huguette comprendió de inmediato que Victoire la dejaría llevar las riendas del hogar, de manera que la acogió con los brazos abiertos y, a pesar del ligero desdén que traslucían sus palabras, se dirigía a la nueva señora de Boisvaillant con benevolencia. Cada cual se quedaba en su sitio, desempeñando su papel a la perfección.

Victoire no bebe más té, ni se come las rebanadas de pan preparadas con esmero. Las visitas al hospital la asquean. Pasar entre las camas sonriendo, apiadarse de los pacientes, preguntarles cómo se encuentran, fingir que le interesa. Lo que más detesta son las visitas a las jóvenes parturientas. No solo tiene que extasiarse ante la piel arrugada de los niños de pecho y soportar sus gritos ensordecedores, sino que, para colmo, tiene que escuchar hasta la saciedad los comentarios de las ricas esposas acerca de su propia prole. Todos sus hijos nacieron bien, todos son más vigorosos que los demás, y siempre acaba surgiendo la misma pregunta:

—¿Y usted, señora de Boisvaillant, a qué espera para tener un hijo? ¿No le entran ganas, viendo a todos estos renacuajos?

Abrumada por ese pensamiento, Victoire se esconde bajo las sábanas, volcando de un golpe el contenido de la bandeja.